

No creemos que lo sea, hablando con exactitud. Quizá represente más bien su *ratiovitalismo* una manifiesta reacción.

2. UNAMUNO Y SU SENTIMIENTO TRAGICO

MIGUEL DE UNAMUNO representa, en cambio, la corriente existencialista española, directamente influenciado por Kierkegaard. Su filosofía —mejor, su pensamiento de línea filosófica— exprésase constantemente como una lucha tenaz entre la razón y la fe, entre el sentimiento y la inteligencia, sobre un horizonte en que las palabras lucha, congoja, combate, temor, angustia, se nos ofrecen como saetas suspendidas. Pocos han sabido expresar con tanto dramatismo ese sentimiento de la angustia que le venía del hambre de inmortalidad y le descubría la pelea incansable entre el querer ser y el querer no ser. *"Como que sólo vivimos de contradicciones, y por ellas; como que la vida es tragedia y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella; es contradicción."* (Del *sentimiento trágico de la vida*, cap. I). Y, en otro lugar, leemos estas frases de inconfundible sabor existencialista: *"La verdadera fe se mantiene de la duda; de dudas, que son pábulos, se nutre y se conquista instante a instante, lo mismo que la verdadera vida se mantiene de la muerte, se renueva segundo a segundo siendo una creación continua. Una vida sin muerte alguna en ella, sin deshacimiento en su hacimiento incesante, no sería más que perpetua muerte, reposo de piedra. Los que no*

mueren no viven; no viven los que no mueren a cada instante para resucitar, al punto, y los que no dudan no creen. La fe se mantiene resolviendo dudas y volviendo a resolverse las que de la resolución de las anteriores hubieren surgido".

Unamuno reconoce —como Heidegger— que el sentimiento de angustia está impreso en todo hombre, si bien, a veces, se halla disimulado con la existencia cotidiana y rutinaria. Pero exáltase en los temperamentos analíticos (filósofos), y en los sensitivos, como son los poetas y los místicos. Por eso, él —poeta y filósofo a un mismo tiempo— acertó a dar esa grandeza trágica a la "*incompletud*" o "*tedium vitae*" del ser humano.

En realidad, los poetas expresan mejor el sentimiento de la angustia que los filósofos puros. De ahí que algunos hayan querido encontrar en un poeta compatriota de Heidegger, en Rainer María Rilke, un precursor suyo. También podríamos hallarle fácilmente precursores entre los poetas españoles, por ser el español un hombre angustiado por excelencia. Así, en Rosalía de Castro, en la cual este sentimiento toma la forma de soledad, tan corriente en la poesía. Soledad, que no es apartamiento de los suyos, o de la tierra nativa, sino que se siente también entre ellos; es más bien un sentimiento cósmico, como el naufragio en la existencia: una tristeza inmotivada (*Dr. Díez Blanco*).

Hemos dado con la palabra que adquiere en Unamuno verdadera dimensión humana: "*soledad*". Nuestro autor canta de continuo sus excelencias, porque el hombre, sintiéndose solo, descubre en su soledad —que es congoja— el carácter de la autenticidad de la vida, frente a la trivialidad. "*Es la congoja lo*

que hace que la conciencia vuelva sobre sí. El no acongojado conoce lo que hace y lo que piensa, pero no conoce de veras qué es lo que hace y lo que piensa. Piensa, pero no piensa que piensa y sus pensamientos son como si no fuesen suyos. Ni él es tampoco de sí mismo. Y es que sólo por la congoja, por la pasión de no morir nunca, se adueña de sí mismo como un espíritu malo. El dolor, que es un deshacimiento, nos hace descubrir nuestras entrañas, y en el deshacimiento supremo, el de la muerte, llegaremos por el dolor del anonadamiento a las entrañas de nuestras entrañas temporales, a Dios, a quien en la congoja espiritual respiramos y aprendemos a amar". O sea, que el dolor es la forma superior de conciencia. La realidad se siente plenamente en el sufrir; y así el hombre es tanto más hombre cuanto más capacidad de sufrimiento tiene.

Obsesiona a Unamuno el sentimiento de soledad. Por eso escribe en otra ocasión: "*... si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos. Sólo en la soledad, rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa a los unos de los otros, y de Dios a todos, no tenemos secretos para Dios; sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema. No hay más diálogo verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo, y este diálogo sólo puedes entablarlo estando a solas. En la soledad, y sólo en la soledad, puedes conocerte a ti mismo como prójimo; y mientras no te conozcas a ti mismo como prójimo, no podrás llegar a ver en tus prójimos otros yos. Si quieres aprender a amar a los otros, recógete en*

ti mismo." "...Reconocerá la sociedad humana que sólo los solitarios contribuyen más que los demás hombres a formarlas, que hizo más por ella el anacoreta y eremita —de una o de otra clase— retirado al yermo, que muchos pastores de hombres que han llevado rebaños humanos a la victoria o a la matanza. No es menester estar en medio de los hombres para guiarlos".

Retorno a la soledad, que significa monólogo o soliloquio con nuestra conciencia; diálogo con todos los hombres y conversación con Dios. Es así como intenta buscar la verdad en la vida, decidido a salvar al Yo eterno, la idea del yo en Dios: "No es éste mi yo deleznable y caduco; no éste mi yo que come de la tierra y al que la tierra comerá un día, el que tiene que vencer; no es éste sino que es mi verdad, mi yo eterno, mi padrón y modelo desde antes de antes y hasta después de después; es la idea que de mí tiene Dios. Conciencia del Universo. Y esta mi divina idea, esta mi Dulcinea, se engrandece y se sobrehermosa con mi vencimiento y muerte. Todo tu problema es éste: si has de empañar esa idea y borrarla y hacer que Dios te olvide, o si has de sacrificarle a ella y hacer que ella sobrenade y viva para siempre en la eterna e infinita conciencia del Universo. "O Dios o el olvido. Si por guardar tu mecha apagas tu luz; si por ahorrar tu vida malgastas tu idea, Dios no se acordará de ti; anegándote en su olvido como en perdón supremo. Y no hay otro infierno que éste: el que nos olvide Dios y volvamos a la conciencia de que surtimos. "Señor, acuérdate de mí", digamos con el bandolero que moría junto a Jesucristo. Señor, acuérdate de mí y que mi vida sea toda una vivificación de mi idea divina, y si la empeñare, si la

sepultare en mi carne, si la desbiciere en este mi yo caduco y terreno, entonces, ¡ay de mí, Señor!, porque me perdonarías olvidándome. Si aspiro a Ti, viviré en Ti; si de Ti me aparto, iré a dar en lo que no es tuyo, en lo único que fuera de Ti cabe: en la nada."

¿Quiere decir esto que Unamuno era cristiano? Siente, desde luego, una fuerte inclinación al cristianismo, mas sin observar sus dogmas. Alma cristiana como la de Kierkegaard, pero con un cristianismo absurdo, que brotaba a presión de su espíritu inspirado en el Evangelio, en Pablo de Tarso, a la vez que en Harnak, Loisy, Couchond, Weizsacker, Renan. Alma desesperada como la del danés; con una desesperación que vivía de su mismo desesperar y sentía angustias de muerte con el amanecer de un rayo de esperanza. Alma como la de Kierkegaard, nacida para inquietarse, vivir en perpetua inquietud y meter la inquietud en cuantos chocaran con ellos (Iturrioz).

Reconozcamos, por último, que la obra —más literaria que filosófica— de Miguel de Unamuno, avanza, sí, por horizontes de la trascendencia, pero fuera del sentido y dirección reclamados por el catolicismo. Unamuno no puede resignarse a la mortalidad, la idea de la muerte le atormenta de continuo: "No quiero morirme, no; no quiero ni quiero quererlo, quiero vivir siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que soy y me siento ser ahora, y aquí..." Le ronda constantemente el mismo tema: "Creer en Dios es quererle, querer que exista, necesitar de su existencia para sustento de nuestra hambre de inmortalidad: Creer en Dios es crear a Dios."

Hemos descubierto —ahondado en la congoja vital unamuniana— la suprema fe, de la que hace derivar la religión. Trátase de una fe que es puro sentimiento: "*sentimiento de absoluta dependencia*", que llena al hombre como ser limitado, que constituye la esencia de la verdadera religión. Pero que elimina al dogma de la doctrina.

He aquí la grave equivocación religiosa de Unamuno. Porque la religión no es un fenómeno puramente afectivo, sino integrador de todas las actividades espirituales del hombre; es, a la vez, intelectual, afectivo y volitivo.

3. XAVIER ZUBIRI

XAVIER ZUBIRI es, quizás, el pensador español más sutil y profundo, desde Suárez acá: la mente filosófica mejor dotada para las tareas de la especulación metafísica. Pocos —como él— tan fervorosamente vinculados a una vida intelectual, que se hace fecunda, lúcida, sobre el molde firmísimo de la catolicidad.

Zubiri se hace cargo del tema existencialista cuando comenta que "*la existencia humana está arrojada entre las cosas, y en este arrojamiento cobra ella el arrojo de existir*"⁶ Es aquí donde el don de observación de Zubiri se acrecienta, y raya a gran altura su hábito de saber mirar las cosas como son en la realidad. Esto quiere decir que no arranca de la idea del ser, sino del ser mismo, de la existencia, en la cual se encuentra, en algún modo, implantado el hombre. Es así como irá apareciendo ante nosotros el

carácter irreductible, inefable e inagotable del ser concreto; y nos hallaremos muy pronto en la vía abierta a la investigación existencial.

En realidad, trátase de resolver el acceso al *otro*, partiendo de los conceptos justificados vitalmente en experiencias humanas; de ascender al Ser necesario, a lo Absoluto. He aquí el tema capital, que Zubiri elabora rigurosamente, dentro del ámbito de lo que pudiéramos llamar una filosofía existencialista cristiana.

El hombre está atado a la vida, tiene que hacerse entre y con las cosas. Cierto. Pero no recibe de ellas el impulso para la vida; recibe, a lo sumo, estímulos y posibilidades para vivir. No le basta poder tener que hacerse. Necesita la fuerza de estar haciéndose. Necesita que le hagan hacerse a sí mismo. Su nihilidad ontológica es radical: no sólo no es nada sin cosas y sin hacer algo con ellas, sino que por sí solo no tiene fuerza para estar haciéndose, para llegar a ser.

Zubiri terminará diciéndonos que estamos "*religados*" a lo que nos hace existir. La existencia humana, pues, no solamente está arrojada entre las cosas, sino religada por su raíz; y esto nos descubre que "*hay*" lo que religa: Dios.

Acabamos de dar el salto al Ser necesario: o mejor dicho, la inteligencia y la vida, en unidad jerárquica, ascienden a lo Absoluto; y es cuando la múltiple actividad humana —teórica y práctica, espiritual y material— consigue organizarse conforme a las supremas exigencias ontológicas impuestas por la razón y la fe.

Zubiri, en definitiva, al situarse discursivamente en el análisis y comprensión del hombre, para lograr realidades que ya no

son vividas —porque radican allende la finitud—, afirma el carácter del ser concreto y señala el método para una investigación existencial.

4. OTRAS INFLUENCIAS EXISTENCIALISTAS

ORTEGA, Unamuno y Zubiri: He aquí tres figuras sobresalientes del pensamiento español contemporáneo, de influencia muy acusada en nuestras promociones universitarias. Los tres, más o menos directamente vinculados a la llamada filosofía existencialista. Su punto de contacto es la existencia o la condición humana sobre la cual tienden sus respectivas inquietudes y pasiones.

Bien es cierto que a Ortega no le hemos considerado propiamente como existencialista —su *raciovitalismo* es una reacción, dijimos en otro lugar—, pero él mismo reconoce que su pensamiento contiene por anticipado un gran número de tesis *heideggerianas*. Sus artículos y ensayos, lo mismo que las novelas y ensayos de Unamuno, llevan una buena carga traducible en términos de metafísica, en la medida en que han sabido reflexionar, por su cuenta, acerca de su condición de hombre.

Y no tardó en operarse el influjo, sobre todo, en la generación más representativa de la cultura española a partir del Movimiento del 18 de julio. Son valores de juventud principalmente los que se presentan con la preocupación existencialista en sus afanes. Así, Julián Marías —en su *Introducción a la Filosofía*

reconoce resonancias de Heidegger y Ortega—, Laín Entralgo, Legaz Lacambra, Elías de Tejada, Gómez Arboleya, Javier Conde. Todos ellos se plantean frecuentemente desde la existencia los problemas de la Filosofía del Derecho, de la Historia, de la Medicina. Por eso dice el profesor Legaz muy acertadamente: *"Pero si yo, y todos, hallamos abierta precisamente esa ventana intelectual de la existencia, es, ante todo, porque la existencia define y perfila nuestra situación vital con una urgencia y un dramatismo, como el que sólo es propio de las épocas transmutadoras. Y si esto es verdad del hombre en general, lo es con una verdad singularísima del hombre español de hoy, el cual ha tenido que sentir en sus entrañas lo que cuesta adaptarse a una forma nueva de existir, que no sea un simple cambio de postura en lo superficial, sino esencialmente un reajuste integral desde las raíces mismas de la vida."*

Valencia, 1950

¹ Joaquín IRIARTE, *Ortega y Gasset. Su persona y su doctrina*. "Razón y fe", pág. 123, Madrid, 1942.

² J. ROIG GIRONELLA, *Ortega: su perspectiva de la Historia y de la Vida*. "Pensamiento", núm. 5, vol. 2, pág. 59.

³ Obras de J. Ortega y Gasset, 3ª edición. Madrid, 1943: *Goethe desde dentro*, págs. 1402 y 1403, nota.

⁴ *Ensayos*, pág. 224.

⁵ *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*, pág. 344. Epesa, Madrid, 1948.

⁶ Véase *Naturaleza, Historia, Dios*, págs. 431 y sgts.

LA ESCUELA PARA PADRES

L A *Escuela para Padres*, que ha iniciado ya su actuación en la capital y en el interior de esta Provincia, es un nuevo organismo técnico creado dentro de la *Dirección de Psicología Educacional y Orientación Profesional*, a mi cargo, por inspiración del actual Ministro de Educación, Dr. Julio César Avanza, sagaz intérprete, en ese orden, del pensamiento del Excmo. señor Gobernador, Coronel Mercante.

Este nuevo organismo, nacido al calor de las más legítimas preocupaciones educativas, constituye un puente espiritual de enlace entre la familia y la escuela, y está destinado a prestar trascendentales servicios a la educación de los niños en el hogar. Tiene como finalidad específica esencial instruir a los padres en el conocimiento psicológico de los niños y señalarles las normas pedagógicas más generales para que puedan enfrentar con éxito los múltiples problemas que sus hijos les plantean diariamente dentro del ámbito familiar.

Hay ya acuerdo definitivo acerca de que la educación es